

Retrato de Winston Churchill

(En el Rep. Amer.)

Siempre el breve cigarro encendido, siempre la galera patinada de horas y también de sangre, de duelos y de lágrimas, el gabán cortito, bastante envejecido, del color del tiempo y el bastón de caña con su historia de infinitas selvas ¡quién diría que pared de ríos y camino del viento dibuja ahora sus signos largos entre abrazos de muerte, quién diría Winston que a los rugidos de leones indios tu caña suma ahora el rugido de tus bravas islas!

Siempre la flor de tu sonrisa lavada de mortal fatiga, siempre tus ojos marineros con algo de cielo amanecido, con algo que es espejo de la raza y presagio de crecida lumbre — ¡quién diría que llevas a puro latido la esperanza del mundo y la canción del hombre nuevo en mitad del naufragio, quién diría que tuyas son las alas de todos los veleros que a cruz a raya limpian de angustia la tierra ennegrecida!

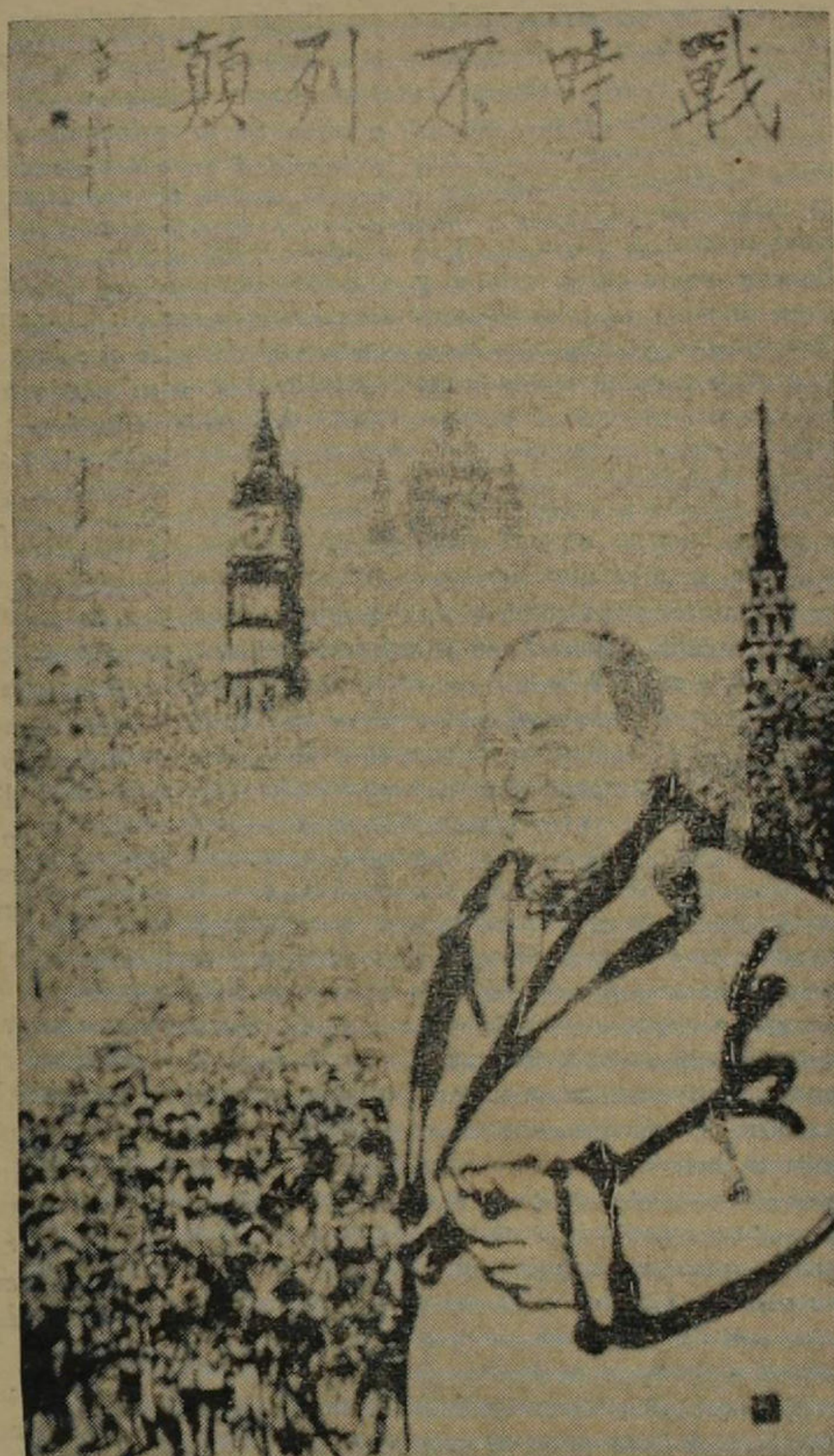
Siempre el gesto de jefe que mide el corazón con el destino, siempre la palabra ardiente y sin mudanza a la espera del día, a veces con la voz de la sangre, a veces con la voz de los sueños ¡quién diría que es menos parda la cara del futuro y menos turbia y más liviana esta vida quemada de noches y de agruras, quién diría que tienes el color de los otoños sobre el rojo cabello y esta verde primavera que es tu rosa de Abril entre las sombras!

Siempre obstinada lanza sujeta a telas de encendidos años, siempre aguijón y herida bajo el signo salobre de tus mares, a veces con el viento, a veces con la luna entre las manos ¡quién diría que fuera de ti, lejos de ti, se apagan las estrellas y nos huye triste el tiempo con cercos esclavos y cadenas, quién diría que tienes el color de los otoños sobre el rojo cabello y esta verde primavera que es tu rosa de Abril entre las sombras!

JULIA GARCÍA GAMES

Enero de 1942.

s/d. 14 de julio 1074. Bs. Aires.



Mr. Churchill, el Parlamento y el Pueblo

(De la obra: *Britain at War*, por el escritor y pintor chino Chiang Yee).



Georges Clemenceau

Dos pueblos, dos épocas De Clemenceau a Churchill

(De *El Tiempo*. Bogotá, 27 II-42).

"Haré la guerra delante de París, en París, o detrás de París".

Georges Clemenceau, 1918.

"Haremos frente a cuanto nos aguarda, porque estamos seguros de nosotros mismos y de la justicia de nuestra causa".

W. Churchill, agosto, 1940.

Ya ha debido desaparecer de los campos Elíseos de París. Pero siempre que pienso en Georges Clemenceau, el Padre Victoria de la anterior guerra—y pienso en él la mayor parte de los días, desde que comenzó el conflicto universal que vivimos—recuerdo la estatua que decoraba la gran avenida parisina. El viejo tigre, inclinado hacia adelante en posición de marcha enérgica bajo aquel característico sombrero de alas anchas y caídas, sus bigotes hirsutos a través de los que se filtraron las más violentas y ardientes palabras de amor a la Francia en peligro, sus polainas cortas de cuero, el chaquetón recio

de las visitas al frente y el bastón con el que señalaba las líneas enemigas, era todo un símbolo del esfuerzo para oponerse a la barbarie que atacaba desde fuera, y a la mollicie, la encrucijada política y el miedo que asechaban desde dentro.

Ante su pueblo, Georges Clemenceau, en las horas más angustiosas, puso de pie a los muertos, para que no se dejasen arrollar los vivos; y ante la muerte, pidió ser enterrado de pie, como los muertos por la Francia que él salvara, y mirando al Este para que nunca le sorprendiera, ni siquiera en la tumba, el enemigo secular de más allá del Rin. El viejo político vendeano, tan combatido por su radicalismo agresivo y su anticlericalismo intransigente, y tan temido por su energía sobrehumana de inverosímil septuagenario, supo cumplir la promesa de venganza que hiciera un día muy lejano a su padre, cuando al ser éste detenido, durante el Segundo Imperio, por sus ideas republicanas, le ofreció vengarse y escuchó de su boca estas pala-